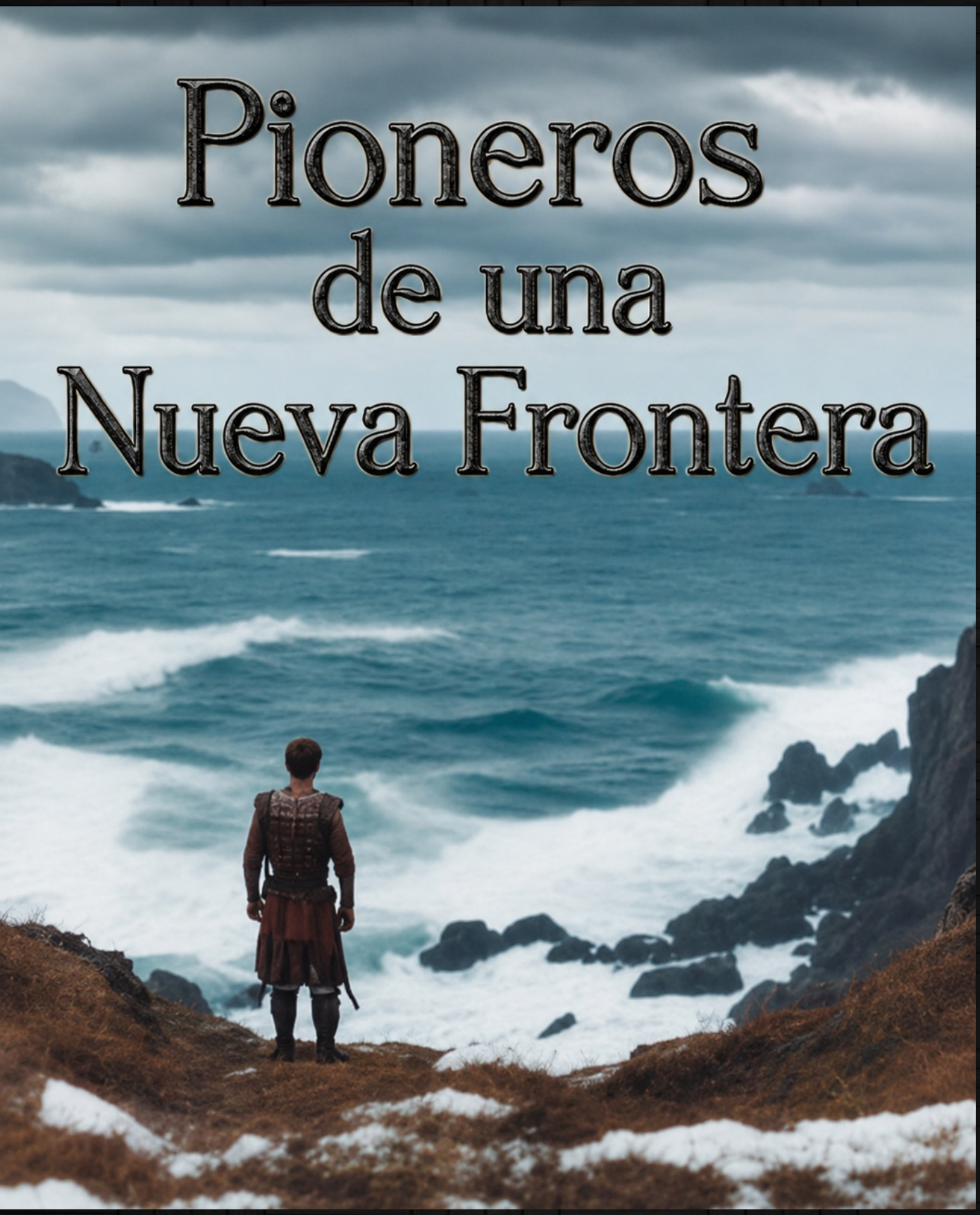

Amirreza Mahdiyan

Sobre esta edición

Obra original: *Pioneers of a New Frontier* — Amirreza Mahdiyan, 2025.
Edición: Traducción por Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0. en todo el mundo.
La portada de esta edición ha sido realizada parcialmente mediante IA.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución No Comercial Compartir-Igual 4.0 International.

Se autoriza su libre impresión y difusión, así como la realización de obras derivadas, siempre que se use con fines comerciales no se lucre con obras derivadas y se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español y al autor original.

Horizontes en gestación

Thorald se erguía firme al timón de su robusto navío, mientras el viento implacable agitaba su cabello hacia atrás sobre las aguas heladas. El aire gélido le azotaba las mejillas, tiñéndolas de un tono rojizo, pero él no le prestaba atención; toda su concentración estaba fija en el horizonte infinito que se extendía frente a él, vasto y misterioso como los sueños que lo impulsaban hacia adelante.

El barco bajo sus pies crujía y gemía; su antigua estructura de madera protestaba ante la dureza del viaje. Era una embarcación forjada por generaciones de hábiles constructores navales, una obra maestra de resistencia y artesanía. Thorald deslizó los dedos sobre la madera desgastada, sintiendo la textura áspera bajo su tacto. Cada grieta e imperfección contaba una historia, testimonio de las pruebas y triunfos de su pueblo.

Detrás de él, apiñada sobre la cubierta, la tribu aguardaba sus órdenes. Rostros cubiertos por capuchas ribeteadas de piel asomaban bajo pesadas capas, medio ocultos por la bruma que se elevaba desde el mar embravecido. Sus ojos, brillantes de expectación y teñidos de una leve inquietud, hablaban del peso que cargaban sobre sus hombros. Habían depositado su confianza en Thorald: su líder, su faro de esperanza en la inmensidad de aguas desconocidas.

El barco se balanceaba suavemente mientras las olas corrían bajo el casco. Era una especie de arrullo rítmico que susurraba tanto peligro como aventura. La mirada de Thorald permanecía clavada en el horizonte, examinando la distancia con intensa atención. Estaban a punto de emprender un viaje como ningún otro, dejando atrás la familiaridad de su tierra natal en busca de un lugar al que pudieran llamar suyo: un refugio donde construir un futuro libre de las cadenas de la escasez y las penurias.

Durante demasiado tiempo, su pueblo había soportado las tormentas implacables de su tierra de origen. Cada día había sido una lucha constante contra los elementos. Ahora había llegado el momento de aventurarse más allá de aquellas costas tan conocidas como peligrosas y perseguir la esquiva promesa de un nuevo comienzo.

Con la determinación grabada en el rostro y un fuego ardiendo en el corazón, Thorald alzó la mano, indicando a su tripulación que izara velas. El barco respondió obediente, impulsándolos hacia un viaje que habría de forjar su destino.

Ecos de la partida

Los recuerdos de su tierra natal irrumpieron en la mente de Thorald como los torrenciales ríos de Svalrfold, arrastrando consigo las emociones y experiencias que habían dado forma a sus vidas. Svalrfold, el hogar ancestral de su pueblo, se dibujaba vívidamente en sus pensamientos.

Era una tierra que tanto los había sustentado como puesto a prueba. Los inviernos despiadados, con sus interminables tormentas de nieve y su hielo cortante, habían forjado vínculos tan firmes como el suelo congelado de Svalrfold. Juntos habían combatido contra los elementos; sus días estaban llenos de luchas por asegurar el sustento en un mundo donde los recursos eran escasos e implacables.

Pero, en medio de las dificultades, habían construido una comunidad estrechamente unida, una tribu moldeada por la solidaridad y una resiliencia inquebrantable. Habían aprendido a aprovechar la fuerza de la dureza, confiando en la sabiduría colectiva y en la fortaleza de su gente para soportar las circunstancias más crueles. En tiempos de abundancia celebraban con alegría y festines; y en tiempos de escasez permanecían hombro con hombro, compartiendo recursos y apoyándose mutuamente.

La propia tierra se había convertido en un personaje profundamente entretejido en el tejido de su identidad. El suelo que habían pisado, helado e inflexible, había dejado su huella en las plantas de sus pies. Sus majestuosos paisajes inspiraban reverencia; su imponente belleza era un testimonio del esplendor de la naturaleza.

Las interminables llanuras heladas, vastas pero indómitas, susurraban historias de resistencia y supervivencia. Se volvió claro para Thorald y para los ancianos de la tribu que debía forjarse un nuevo camino, pues los recursos de Svalrfold tenían límites severos.

Su despedida de Svalrfold fue agridulce. Contemplaron por última vez las cumbres imponentes y dijeron adiós a los valles familiares y a los ríos helados. Cada paso lejos de aquella tierra llenaba sus corazones tanto de tristeza como de emoción; era un acto de renuncia y valentía, dejar atrás lo conocido para abrazar lo desconocido.

Svalrfold conservaría para siempre un lugar en sus almas, y así, con la mirada fija hacia adelante, navegaron hacia lo desconocido.

Comienza el viaje

La mirada de Thorald se dirigió hacia su tripulación, y sintió cómo el orgullo crecía dentro de él. Eran un grupo diverso, provenientes de distintos clanes y familias, unidos por una visión compartida y por la audacia de emprender aquel viaje. Algunos eran marineros experimentados; otros, jóvenes guerreros ansiosos por demostrar su valía frente a la adversidad. Y también estaban las familias, los niños y los ancianos, que habían confiado sus vidas al liderazgo de Thorald.

Sabía que el viaje sería largo y arduo, lleno de peligros e incertidumbre. La inmensidad del mar era tan sobrecogedora como aterradora, un recordatorio del inmenso poder e imprevisibilidad de la naturaleza. Habían dejado atrás la familiaridad de su tierra natal para aventurarse en aguas desconocidas, donde cualquier cosa podía suceder.

Pero Thorald no se dejaba intimidar por los desafíos que los aguardaban. Había pasado años preparándose para aquel viaje, estudiando las estrellas, los vientos y las corrientes, aprendiendo los secretos del mar. También había reunido un equipo de navegantes y marineros expertos, cada uno con habilidades únicas.

Mientras navegaban cada vez más hacia lo desconocido, la mente de Thorald comenzó a dirigirse hacia el futuro. Imaginó una nueva tierra, un lugar donde su pueblo pudiera prosperar y construir una vida mejor. Imaginó vastos campos de cultivo, bosques exuberantes repletos de caza y ríos llenos de peces.

Veía hogares construidos con los recursos de la propia tierra, sólidos y resistentes, brindando refugio y calor a su gente. Imaginaba una comunidad donde cada miembro tuviera un papel que desempeñar, donde la fuerza colectiva de su pueblo fuera mayor que la suma de sus partes.

Pero sabía que aquella visión exigiría trabajo duro y sacrificio. Tendrían que permanecer unidos para superar las pruebas que se alzaban ante ellos. Necesitarían ser resistentes, adaptables e ingeniosos, aprovechando la fuerza de su conocimiento y experiencia compartidos. Y, sobre todo, necesitarían valentía: enfrentar lo desconocido con coraje y determinación.

Pruebas del camino

A medida que los días se transformaban en semanas y las semanas en meses, Thorald y su tribu navegaron cada vez más lejos. La monotonía del viaje pesaba sobre sus espíritus, y el constante movimiento de los barcos los dejaba agotados y llenos de nostalgia por su hogar. El propio Thorald no era inmune a aquellos sentimientos, y a menudo se encontraba contemplando la interminable extensión del mar, preguntándose si alguna vez alcanzarían su destino.

Los días se desdibujaban unos con otros, interrumpidos únicamente por tormentas ocasionales. El mar era tan hermoso como traicionero, y en su travesía encontraron toda clase de criaturas: desde bancos de peces relucientes hasta enormes ballenas emergiendo sobre la superficie. Era un recordatorio de la inmensidad del mundo y de la fragilidad de la vida.

A pesar de las dificultades, Thorald permanecía firme en su determinación de conducir a su pueblo hacia un futuro mejor. Pasaba largas horas en su camarote inclinado sobre mapas y cartas de navegación, trazando el rumbo y calculando su avance. Consultaba con sus consejeros de mayor confianza, buscando su opinión sobre cuestiones de navegación y estrategia.

Pero conforme pasaban los días, Thorald comenzó a sentir cómo la duda se infiltraba lentamente en su interior. ¿Y si jamás encontraban la tierra que buscaban? ¿Y si quedaban perdidos para siempre en el mar, condenados a vagar eternamente por aquella inmensa extensión de agua? El peso de la responsabilidad parecía volverse más pesado con cada jornada, y Thorald empezó a luchar por conservar la compostura.

Fue en uno de esos momentos de incertidumbre cuando Thorald tuvo ocasión de encontrarse con una de las integrantes más jóvenes de la tribu. La niña, que no tendría más de seis años, estaba sentada sola sobre la cubierta mirando fijamente el mar. Thorald se acercó dispuesto a ofrecerle palabras de consuelo, pero la pequeña habló primero.

—¿Estamos perdidos, Thorald? —preguntó con una voz pequeña, aunque firme.

Thorald dudó, sin saber cómo responder. Nunca había sido hombre de ocultar la verdad a su pueblo, pero tampoco quería provocar un miedo innecesario.

—Estamos en un viaje, pequeña —dijo finalmente—. Y como en todo viaje, hay momentos de incertidumbre y duda. Pero no estamos perdidos. Tenemos un destino y cada día avanzamos hacia él.

La niña alzó la vista hacia Thorald y respondió:

—Yo no tengo miedo. Confío en ti, Thorald. Tú nos llevarás hasta allí.

Aquellas palabras le recordaron a Thorald la confianza y la fe que su pueblo había depositado en él. Y así, con la determinación renovada, continuó el viaje.

Un regalo de bienvenida

Mientras navegaban cada vez más hacia lo desconocido, el aire comenzó a volverse más cálido y el mar más tranquilo. El cielo resplandecía con un azul brillante, y el sol descendía sobre ellos derramando un fulgor dorado sobre la cubierta. Thorald y su tribu dejaron atrás las pesadas pieles y capas de ropa, sintiendo por primera vez en meses el calor del sol sobre la piel.

El cambio de clima fue un alivio bienvenido, elevando su ánimo y renovando su sentido de propósito. Habían viajado durante tanto tiempo, enfrentando las dificultades del mar y de los elementos, que aquel cálido sol parecía un regalo de los dioses. Era una señal de que seguían avanzando, de que se acercaban cada vez más a su destino.

Thorald y su pueblo dependían de la sabiduría transmitida por sus ancestros para navegar aquellas nuevas aguas. El propio Thorald siempre se había sentido fascinado por la idea de explorar lo desconocido, de ir más allá de los límites de lo conocido y abrir un nuevo camino.

Mientras avanzaban, Thorald y su tribu descubrieron nuevas maravillas y desafíos. Vieron tierras dispersas en el horizonte, verdes y exuberantes, rebosantes de vida salvaje. Y al comenzar a dirigirse hacia aquella nueva tierra que los esperaba, un sentimiento de emoción y expectativa comenzó a crecer dentro de ellos.

Sabían que el camino por delante no sería fácil, pero estaban preparados para afrontar cualquier desafío que se interpusiera en su destino.

Y con cada día que pasaba, se acercaban más a la tierra con la que habían soñado durante tanto tiempo: un lugar donde podrían construir una vida mejor y hacer realidad sus sueños.

Ecos de la llegada

Thorald trabajaba bajo un cielo oscuro y cubierto de nubes, reparando los botes de pesca dañados. La voz serena de la Vidente llegó hasta sus oídos.

—Thorald —lo llamó; su tono era como el susurro de un viento apacible.

Él se acercó, percibiendo la urgencia en aquella convocatoria.

—Las estrellas hablan de un viaje —comenzó la Vidente—. Una tierra de calidez te espera, pero junto con ella llegarán pruebas que pondrán a prueba tu propia alma.

Su voz adoptó una gravedad sombría.

—Ese futuro contiene tanto promesa como peligro.

Cuando sus palabras se extinguieron, Thorald sintió un escalofrío: una mezcla de expectativa y temor.

—¿Qué viaje? —preguntó, con la voz llena de dudas.

Pero la Vidente ya se había apartado, dejándolo solo con sus pensamientos.

Thorald permaneció en silenciosa contemplación, mientras las palabras de la Vidente resonaban en su mente. De pronto, un viento furioso rugió a través del barco, tirando de sus ropas y devolviéndolo abruptamente al presente. El viaje hacia aquel territorio inexplorado había sido largo y peligroso, pero ahora finalmente estaban llegando a su destino.

La profecía de la Vidente sobre encontrar una nueva tierra llena de riquezas y oportunidades inimaginables parecía estar haciéndose realidad.

Thorald reunió a sus consejeros y capitanes para discutir la estrategia mientras se aproximaban a la costa. Eran los primeros seres humanos en poner pie sobre aquel territorio desconocido, y no encontraron asentamientos humanos ni tribus cercanas. La tierra era vasta y agreste, con montañas imponentes, bosques densos y ríos caudalosos.

Sin embargo, sabían que la región albergaba criaturas extrañas y bestias peligrosas, por lo que avanzaron con cautela.

Thorald convocó una reunión con sus consejeros y los ancianos de la tribu para decidir el siguiente paso. Determinaron enviar un grupo de exploración para investigar los alrededores, y más tarde los exploradores regresaron con sus hallazgos.

La partida de reconocimiento se había encontrado con toda clase de criaturas, tanto amistosas como hostiles. Descubrieron una gran abundancia de recursos naturales: tierras fértiles para el cultivo, bosques para obtener madera y corrientes llenas de peces. La región rebosaba de vida salvaje, incluyendo ciervos, alces y jabalíes, que podrían convertirse en una valiosa fuente de alimento.

Pero también se toparon con feroces depredadores, como lobos y osos, además de extrañas bestias de cuatro ojos y cuatro brazos, a las que terminaron llamando trolls, y que representaban una amenaza constante para su seguridad.

Thorald y sus consejeros evaluaron los riesgos y las oportunidades de aquella nueva tierra y decidieron seguir adelante con el establecimiento de un asentamiento. Eligieron un lugar protegido de los elementos, con acceso a agua dulce y tierras fértiles.

Trabajaron sin descanso para levantar la colonia, utilizando su habilidad e ingenio para construir hogares, campos de cultivo y talleres.

Cimientos de esperanza

Después de semanas de arduo trabajo construyendo el asentamiento, Thorald decidió reunir un grupo de caza para salir a buscar alimento. Tomó su equipo y abandonó el campamento que había levantado para sí mismo con ayuda de los demás.

Mientras se alejaba junto con los cazadores, divisó a una joven observando flores en soledad entre la naturaleza salvaje. Cuando Thorald se acercó, ella capturó inmediatamente su atención. Sus ojos color ámbar parecían las hermosas alas de una mariposa; su cabello castaño era tan suave como el pelaje de un conejo y tan liso como una aguja; y su sonrisa tenía la calidez de una mañana de verano.

Thorald sintió como si millones de mariposas revolotearan dentro de él. No podía dejar de mirarla. En su mente, ella parecía demasiado perfecta para ser real, así que cerró los ojos unos segundos y volvió a abrirlos. Ella seguía allí, observándolo con curiosidad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

—L... umm... —murmuró Thorald.

—No entendí eso —respondió ella.

Thorald se tomó un momento para ordenar sus pensamientos, intentando disimular la incomodidad que lo había dominado.

—Estoy... bien —consiguió decir finalmente, ahora con la voz más firme.

Señaló las flores que ella llevaba en las manos.

—¿Las recoges con algún propósito?

Ella explicó que buscaba ingredientes para preparar medicinas y le contó que era herbolaria.

—Impresionante —respondió Thorald con sincera admiración.

Deseaba prolongar la conversación, conocer más a aquella mujer cuya presencia parecía calmar el caos de su viaje.

—¿Vives cerca de aquí?

—No muy lejos —respondió apartando un mechón de cabello de su rostro—. Mi familia y yo construimos una casa en el asentamiento. ¿Qué te trae a estos lugares?

Thorald dudó un instante antes de sonreír ligeramente.

—La búsqueda de esperanza —dijo—. Y quizás... de personas tan extraordinarias como tú.

—Eh... ¿puedo saber tu nombre? —continuó Thorald.

Ella sonrió suavemente.

—No deberías preguntarle su nombre a una dama.

—Yo... pensé... lo siento si te ofendí —balbuceó él.

—Está bien. Mi nombre es Valeriana.

Mientras conversaban, Thorald aprovechó la oportunidad para invitarla al campamento. Ella se negó al principio, pero Thorald era insistente. Después de varias invitaciones, finalmente logró convencerla de acompañarlo.

Thorald y Valeriana regresaron juntos al campamento.

—Es un nombre extraño el que tienes —comentó Thorald—. Nunca había escuchado uno parecido.

—Mi clan tiene nombres más diversos que otros clanes —respondió ella.

Thorald la observó fijamente.

—Es hermoso.

Valeriana no pudo evitar notar la actitud de Thorald. En sus ojos brillaba un afecto que ella no había visto antes.

Con una mezcla de nerviosismo y valentía, decidió enfrentarlo respecto a lo que sospechaba. Dentro de la tienda, el aire parecía cargado de tensión. Valeriana respiró hondo antes de hablar con suavidad.

—Sé por qué me invitaste aquí, Thorald.

El corazón de Thorald se aceleró al encontrarse con la mirada firme de Valeriana. Las palabras vacilaron en sus labios antes de salir finalmente.

—Valeriana... no sé cómo decir esto sin sonar como un tonto, pero te has convertido en alguien mucho más importante para mí de lo que jamás imaginé posible.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, dejando aparecer una sonrisa juguetona.

—¿Más que un líder obstinado arrastrándome hasta su campamento?

Thorald soltó una leve risa.

—Oh, Valeriana... has conquistado mi corazón de una forma que ni la batalla más feroz habría podido lograr.

Con esas palabras, Valeriana se quitó lentamente el largo vestido y después la túnica, acercándose a él. Thorald se sintió a la vez sorprendido y emocionado; se despojó de sus prendas y ambos se abrazaron, tomados de la mano.

Y así, juntos, quedaron preparados para enfrentar cualquier desafío que el futuro les deparara.

Ataque al amanecer

Habían pasado varios días desde que Thorald y Valeriana compartieron aquel momento íntimo. Mientras se acercaban a la finalización de su refugio, una noticia repentina perturbó la paz del asentamiento. Los exploradores llegaron corriendo hacia ellos, con el miedo marcado en el rostro. Las noticias que traían eran graves: una manada de bestias humanoides, con cuatro ojos y el cuerpo cubierto de áspero pelaje, se acercaba al asentamiento. Sus dientes, afilados como dagas, anunciaban la destrucción que podían causar.

En ese instante, el rostro de Thorald palideció y su corazón comenzó a latir con fuerza. Le pidió a Valeriana que se escondiera.

—¡No voy a dejarte! —gritó ella, pálida y aterrada.

—¡No hay tiempo para discutir, ve a esconderte ahora! —respondió Thorald.

Después corrió hacia el centro del recién nacido asentamiento, dejando atrás a Valeriana y sus lágrimas.

Thorald comenzó a reunir a todos los hombres y mujeres capaces de luchar, ordenándoles tomar cualquier cosa que pudiera servir como arma para rechazar a los trolls. Les indicó formar una línea frente a las murallas aún incompletas. Su único objetivo era proteger el asentamiento, costara lo que costara.

—¡N-nosotros... vamos a morir! —gritó un joven guerrero con la voz temblorosa.

—No temas, joven guerrero —rugió Thorald—. Frente al peligro descubrimos nuestra verdadera fuerza. Permanecemos unidos para enfrentar cualquier amenaza. Juntos venceremos a estas bestias. Confía en tu arma y en tu valentía. Somos sobrevivientes, somos exploradores y no fracasaremos, no ahora. ¡Enfrentemos nuestro destino con coraje!

Las palabras de Thorald resonaron profundamente en cada persona, despertando una nueva determinación. Inspirados por él, los guerreros se mantuvieron firmes. El miedo fue reemplazado por una feroz voluntad de defender el asentamiento a cualquier precio.

La tierra tembló bajo sus pies cuando las bestias se aproximaron, y sus gruñidos guturales enviaron escalofríos incluso a los corazones más valientes. Thorald alzó su espada, cuya hoja brilló bajo la tenue luz.

—¡Manténganse firmes!

Las criaturas avanzaban rápidamente, así que Thorald tuvo que pensar con rapidez.

—¿Cuántos son? —preguntó al explorador.

—N-nueve, señor —respondió este con voz temblorosa.

Una extraña sonrisa apareció en el rostro de Thorald al escuchar la respuesta. Mientras las bestias se acercaban, proyectando su amenazadora sombra sobre la tierra, el corazón de Thorald latía con fuerza. Con voz autoritaria reunió a su gente y les ordenó formar una línea defensiva en forma de arco circular. Todos permanecían unidos por la confianza en su líder.

El aire parecía crujir de tensión mientras las bestias se aproximaban. Percibiendo el momento decisivo, Thorald dio una orden calculada y el arco circular cambió de dirección. Los guerreros, guiados por la brillante estrategia de su líder, rodearon a las criaturas y las atraparon dentro de su formación.

Una sinfonía de gritos de guerra resonó por el campo de batalla mientras los guerreros luchaban ferozmente contra sus temibles enemigos. Thorald encabezó la carga, y cada golpe suyo inspiraba a los demás, encendiendo fuego en sus corazones. Poco a poco comenzaron a hacer retroceder a las bestias, y la estrategia del arco circular demostró ser un auténtico golpe de genialidad, otorgándoles superioridad táctica sobre sus enemigos.

Mientras la batalla continuaba, el círculo fue cerrándose cada vez más alrededor de las bestias, sin dejarles espacio para escapar.

Finalmente, lograron acabar con todas ellas.

Las secuelas

Cuando los colonos lograron vencer a las bestias y obtuvieron la victoria, un sentimiento de alegría y alivio se extendió por todo el asentamiento. Se reunieron para celebrar el triunfo. Mientras festejaban, todas las miradas se dirigieron hacia Thorald, el líder que los había guiado en todo momento. Thorald permanecía erguido y orgulloso mientras los colonos lo admiraban por su valentía y liderazgo, expresándole su gratitud.

En medio de la celebración, Valeriana se acercó a Thorald con los ojos llenos de alivio y preocupación. Lo abrazó, revelando cuánto había temido por su seguridad durante la batalla. Con una suave sonrisa, Thorald le aseguró que estaba ileso. En aquel instante, ambos encontraron paz en los brazos del otro.

Los colonos bebían cerveza, cantaban, contaban bromas y reían; estaban felices por la nueva sensación de esperanza y seguridad que habían encontrado. Sabían que surgirían nuevos desafíos, pero con Thorald guiándolos, confiaban en que podrían superar cualquier cosa.

Velo de tristeza

Tras tres años establecidos en la nueva tierra, los valientes colonos decidieron llamar a su nuevo pueblo “Avalora”. Durante aquellos días cálidos, Thorald dedicaba su tiempo al cuidado de los fértiles cultivos, mientras su amada esposa, Valeriana, llevaba en su vientre al hijo que esperaban.

Un día, mientras Thorald trabajaba en los campos, un grito desgarrador de su esposa lo sobresaltó y corrió inmediatamente hacia ella.

—¡Doncella! ¿Qué sucede? —balbuceó Thorald.

—¡Señor, su esposa está sufriendo extraños dolores en el vientre y esta mañana comenzó a sudar fríamente! Nunca hemos visto algo parecido —exclamó la sirvienta.

—¡Entonces llamen al chamán! —ordenó Thorald.

El chamán llegó rápidamente y comenzó a examinar a Valeriana. Aquello era distinto a cualquier enfermedad que hubiese visto antes. Después de revisarla, se volvió hacia Thorald.

—Puedo preparar una poción para aliviar su dolor, pero no puedo garantizar la salud de ella ni la del niño. Necesito algunos ingredientes que no poseo: pétalos de Flor Lunar, raíz estelar y loto plateado. Yo prepararé el té y el agua hervida para la poción.

Aterrorizado, Thorald montó su caballo acompañado de un compañero de confianza. Partió en busca de los ingredientes necesarios para crear aquella medicina herbal que pudiera salvar a Valeriana.

Thorald estaba completamente decidido a salvar a su esposa y al hijo que aún no nacía. Durante el viaje se enfrentó a toda clase de animales salvajes y criaturas peligrosas, pero con ayuda de su compañero logró superar aquellos peligros.

Habían pasado varios días desde que abandonaron Avalora y, aunque Thorald consiguió algunos ingredientes, el estado de Valeriana había empeorado.

Mientras continuaban la búsqueda, divisaron una enorme montaña humeante, algo completamente distinto a todo lo que Thorald había visto en Svalrfold.

A medida que Thorald y su compañero Grind se acercaban a la montaña, descubrieron una visión misteriosa: estructuras de piedra atravesadas por vetas doradas se extendían por el paisaje, algunas tan altas como montañas. Aquella antigua ciudad estaba en ruinas, como un recuerdo de la crueldad del mundo.

Mientras Thorald exploraba los restos de aquella civilización perdida, su asombro se convirtió en terror al encontrarse cara a cara con figuras esqueléticas armadas con espadas y escudos, cuyos ojos rojos brillaban intensamente.

Sin vacilar, Thorald y Grind se lanzaron a combatir contra los esqueletos. Pero por cada uno que destruían, dos más surgían para ocupar su lugar, intensificando la batalla.

En medio de aquella feroz lucha contra hordas de esqueletos, Thorald y Grind demostraron una habilidad extraordinaria, enfrentándose a cientos de enemigos. De pronto, los esqueletos detuvieron su asalto implacable y el sonido de pasos aproximándose llenó el aire.

Desde las sombras emergió un hombre de cabello gris, piel pálida y vestido con una túnica negra y roja. Con un aire de autoridad, preguntó quiénes eran y por qué habían irrumpido en su refugio.

—Soy un hombre desesperado que busca una forma de salvar a su esposa —respondió Thorald, con el agotamiento marcado en el rostro.

El misterioso hombre respondió con expresión fría:

—Te conozco, Thorald. Tu desgracia ha llegado a mis oídos. Soy Ardax, un mago de siglos pasados. Los de mi especie fueron poderosos hechiceros que gobernaron estas tierras durante miles de años.

—¿Qué ocurrió con tu pueblo? —preguntó Thorald.

—Usábamos la magia para sanar, crear y luchar. Pero el abuso de la magia oscura despertó al volcán y condujo a la destrucción de mi gente —explicó Ardax.

—¡Eso significa que puedes hacer cualquier cosa con magia! ¡Puedes salvar a mi esposa! —gritó Thorald.

Ardax lo observó con una mezcla de compasión y fría calculación.

—La magia que buscas no está libre de precio. Requiere una fuente poderosa, algo raro e irremplazable.

Thorald dio un paso al frente, con la voz firme.

—Dilo. No hay nada que no haría por Valeriana.

—Tu alma. Es la única fuente lo bastante poderosa para alimentar esta magia.

El silencio pareció apoderarse del lugar mientras Thorald asimilaba el peso de aquella exigencia. Los recuerdos de la risa de Valeriana, de su suave tacto y de la promesa de su hijo aún no nacido cruzaron por su mente. La voz de Grind rompió sus pensamientos, temblando de urgencia.

—¡Thorald, esto es una locura! ¡Debe existir otra manera!

Thorald negó lentamente con la cabeza.

—No me quedaré inmóvil mientras ella sufre. Si mi alma puede salvar a mi amada y a mi hijo, entonces que así sea.

Después se volvió hacia Ardax.

—Hazlo. Pero deja que Grind regrese para explicar a mi pueblo por qué tomé esta decisión.

Ardax realizó su magia y, cuando el alma de Thorald abandonó su cuerpo, él no sintió dolor alguno. En cambio, encontró consuelo en los recuerdos de su amada. Después, su cuerpo fue alzado como un sirviente de Ardax.

Días más tarde, Grind regresó a Avalora.

Para cuando llegó, Valeriana ya podía mantenerse en pie. La magia por la que Thorald había entregado su alma había surtido efecto rápidamente, borrando la enfermedad que antes consumía su cuerpo. Ella permanecía frente a su tienda, con la piel recuperando su vitalidad y la mirada fija en el horizonte, esperando el regreso de su esposo.

Cuando Grind desmontó del caballo, con el rostro ceniciento y los movimientos cargados de tristeza, Valeriana corrió hacia él.

—¿Dónde está Thorald? —preguntó, y la esperanza en su voz era tan intensa que parecía cortar el aire.

Grind respondió con las manos temblorosas:

—¡Valeriana!... Él... él te salvó. ¡La magia funcionó! Pero el precio...

Su voz se quebró y fue incapaz de sostenerle la mirada.

—Dímelo —susurró ella—. ¿Dónde está?

—Hizo un trato... su alma... fue el precio del hechizo.

Valeriana retrocedió tambaleándose, llevándose una mano al pecho como si pudiera sostener físicamente los fragmentos de su corazón roto. Sus rodillas cedieron y cayó al suelo, mientras sus gritos desgarraban el silencio del asentamiento.

—¿Él... se fue? —jadeó con la voz quebrada y temblorosa—. ¿Se sacrificó por mí?

Luego llevó una mano a su vientre.

—¿Por nosotros?

Grind asintió mientras lágrimas corrían por su rostro.

—Quería que vivieras. Que continuaras su sueño y su legado. Pero sabía... sabía cuál era el precio.

Los gritos de Valeriana llenaron el aire; un dolor tan crudo y profundo que hizo acudir a los colonos desde todas partes. La tristeza la consumió como una marea de pérdida y desesperación que atravesó el campamento entero, dejando intacto ningún corazón. Aunque su cuerpo había sanado, su alma llevaba las cicatrices de la ausencia de Thorald, y haría falta mucho más que tiempo para llenar el vacío que él había dejado.

Los colonos lloraron junto a ella, mezclando su propio dolor con el suyo. Habían perdido a su líder, a su protector, pero juraron honrar su sacrificio construyendo el futuro que él había soñado. Valeriana, aunque destrozada, decidió seguir adelante por el hijo que esperaba y por el legado que Thorald le había confiado.

Los colonos trabajaron incansablemente para expandir el asentamiento, grabando el legado de Thorald en cada estructura que levantaban. A los niños se les enseñó la historia de su valentía, y se compusieron canciones en su honor. Valeriana, aunque con el corazón roto, encontró consuelo cuidando los cultivos que Thorald había sembrado alguna vez, asegurándose de que la vida floreciera en la tierra que él había salvado.

El legado de Thorald como líder y amante leal quedaría para siempre grabado en el corazón de su pueblo, asegurando que jamás fuera olvidado.

ABANDONANDO SU HELADA TIERRA NATAL, THORALD Y SU TRIBU DESCUBREN LA DURA, PERO PROMETEDORA, TIERRA DE KYNLIGRLAND. MIENTRAS LUCHAN POR SOBREVIVIR, LA ESPOSA DE THORALD ENFERMA, POR LO QUE ÉL EMPRENDE UN VIAJE EN BUSCA DE UNA CURA.

Y, MIENTRAS DESESPERADAMENTE BUSCA UN REMEDIO PARA SALVARLA, DESCUBRE LOS SECRETOS OCULTOS DE ESA TIERRA.